



UNA AVENTURA AMOROSA

MARY GLORY - ALBERT PREJÉAN

— PUBLICATION
SEMANAL

50
GS

LOS
MEJORES
FILMS



Año I

Núm. 9

LOS MEJORES FILMS

Publicación semanal de argumentos de películas selectas

Dirección literaria: Francisco-Mario BISTAGNE

Paseo de la Paz,
número 16 bis

EDICIONES BISTAGNE

Teléfono 13551
BARCELONA

UNA AVENTURA AMOROSA

Sentimental asunto de gran éxito, interpretado por
MARY GLORY, ALBERT PRÉJEAN, etc.

Es una exclusiva del

Repertorio M. de Miguel

(La aristocracia del film)

Consejo de Ciento, 292

BARCELONA



Argumento narrado por Ediciones Bistagne

PROHIBIDA LA
REPRODUCCION

EXCLUSIVA DE VENTA EN ESPAÑA

Sociedad General Española de
Librería, Diarios, Revistas y
Publicaciones, S. A.

Barcelona: Barberá, 16
Madrid: Evaristo San Miguel, 11

IMPRENTA INDUSTRIAL - Aribau, 133 - Teléfono 76507

Una aventura amorosa

Argumento de la película

I

Lisette Arbi, la famosa bailarina, más famosa por sus actuaciones como cocotte en el escenario de la vida, que por el arte que desplegaba en sus exhibiciones teatrales, cogió el teléfono y marcó un número.

—¿Es la señora de Vernier? ¿Sí? Un momento. El señor Vernier quiere hablarla.

Jacques Vernier se apoderó del aparato.

Como Lisette reía descaradamente, él la amonestó:

—¡Cállate, mujer! No seas imprudente.

Después habló sobre el transmisor.

—Oye, Irene. Te he llamado para decirte que sigo en Bruselas y que hoy no podré regresar.

—¡Ah! ¿No?

—No.

—¿Mucho trabajo?

—Mucho, querida, mucho—repuso el señor Vernier sin darse cuenta de la ironía que envolvía a estas palabras.

—¿Y a quién pertenece esa voz de mujer que acabo de oír?

—A la telefonista del hotel.

—Debes de tener mucha confianza con ella.

—¿Por qué dices eso, querida?

—Porque como la tuteas...

—¿Que yo la tuteo?

—Acabo de oír como le decías: "Cállate."

El señor Vernier, no sabiendo qué decir, se echó a reír.

—Sin duda has oído mal. Pero hablemos de cosas interesantes. ¿Te aburres mucho?

—Nada de eso—mintió Irene despechada—. Nuestra amiga Eva me hace constantemente compañía y casi todas las noches salimos.

—¿Esta noche también saldrás?

—Sí.

—¿Adónde vas a ir?

—Pues... a la Opera. Eva y yo ya tenemos las localidades.

—Pues que te diviertas mucho, querida.

—Gracias. Igualmente.

Antes de que colgara el auricular, había llegado Eva, la cual oyó sus últimas palabras.

—¿Por qué has mentido? ¿O es acaso verdad que quieres que vayamos a la Opera?

—No es verdad. Es que mi marido no cesa de humillarme. Ahora me telefona desde casa de Lisette Arby y me dice que sus negocios le retienen en Bruselas.

—¿Lisette Arby? ¿Quién es?

—Una bailarina que se ha hecho famosa a fuerza de escándalos.

—¡Ah, sí! Ahora recuerdo. Más de una vez han tenido que ocuparse de ella los periódicos.

—Lo cual le sirve de reclamo.

—¿Y cómo sabes que tu marido está con ella?

—Porque no es la primera vez que oigo su voz y ella misma acaba de llamarme por teléfono.

—¿Estás segura de que es ella?

—Jacques la visita frecuentemente. Son muy amigos.

—¿Entonces, tu marido está en París?

—Sí.

—Realmente es una burla.

—Una burla que no estoy dispuesta a tolerar más tiempo. Me ha costado muchas lágrimas, he sufrido mucho, pero desde hoy todo ha cambiado. Desde hoy, las lágrimas se convertirán en risas.

Y quiso reír, pero sus ojos estaban empañados y el dolor podía más que su deseo de expulsarlo de su alma.

—¡Iremos a la Ópera esta noche—exclamó—. Lo he dicho en broma y ha resultado en serio.

Pero Eva replicó:

—Tengo un plan mucho mejor para divertirnos. ¿Quieres que lo pongamos en práctica?

—¿Qué plan es?

—Ir a un baile popular y hacernos pasar por criadas de servir. Nadie nos conocerá y podremos divertirnos a nuestras anchas.

El proyecto le pareció a Irene demasiado audaz.

—¿Estás segura de que no nos reconocerán? ¿Y si te equivocas? Será mejor que busquemos otra diversión más... prudente.

—No seas cobarde, Irene. Nuestros conocidos no van por los barrios bajos. París es muy grande. Aunque nos vieran, no podrían creer que somos nosotras. A veces, con la verdad se engaña al más listo.

—El caso es que yo no he visto nunca uno de esos bailes y sí que me gustaría conocer el ambiente.

—¡Claro que sí!

Y tanto insistió Eva y tan convincentes fueron sus razones para Irene, que por otra parte deseaba poner en práctica aquella especie de venganza contra su marido, que la señora de Vernier acabó por aceptar.

Pasaron al abundante guardarropa de ésta y en él eligieron las dos vestidas más modestas y dos sombreros de los que Irene tenía apartados para regalar a sus doncellas.

Irene estaba encantadora vestida con aquella sencilla y modesta toilette.

Era una hermosa mujer de unos veinticinco años, alta y esculpural, arrogante y majestuosa.

Y las dos amigas salieron a correr su primera aventura en un ambiente que para ellas era desconocido.

II

Mecida por la musiquilla dulzona del acordeón y por los brazos robustos de Bibi, Irene bailaba.

El salón de baile tenía ese sello inconfundible de ciertos tugurios parisenses que la gendarmería no puede dejar sin vigilancia.

Había en una estancia contigua algunas mesas de madera y

buen número de banquetas del mismo material. De la cocina salía un tufillo de aceite barato y de guisos de baja calidad.

El personal era una mezcla heterogénea de campesinos, señoritos chulos, hombres de clase modesta, pero honrados, que habían ido allí a buscar un rato de distracción y otros elementos de parecida condición.

Bibi era un tipo de aspecto simpático, pero en el que se veía desde una legua que no se podía tener confianza.

Llevaba la gorra con ese aire descuidado que es característico en los apaches y, evidentemente, algo de apache tenía.

El "caballero" de Eva no era superior en categoría al de Irene.

Bailaba ésta al compás de la musiquilla cadenciosa.

Bibi se apretaba contra ella más de lo que es corriente en los bailes de sociedad, y esto empezó a inquietar a Irene. Sin embargo, se abstenía de protestar para no descubrir su verdadera condición.

Bibi le echó un piropo:

—¿Eres jamón serrano, nena!

Y ella sonrió, aunque el requiebro le pareció una monstruosidad.

Terminó el baile. Como era costumbre, el dueño del establecimiento pasó el platillo entre todos los que habían bailado, pues allí no se daba nada gratis.

—Ahora sí que nos hemos lucido—dijo Bibi—. Si me ponen boca abajo, no me cae ni una moneda de dos céntimos.

—No te preocupes por eso, hombre—dijo Irene—. Aquí estoy yo.

Y le entregó su bolso para que pagara, ya que ella no sabía cuánto tenía que pagar.

—¡Bravo! ¡Eres una mujer castiza!

Y abrió el bolso para buscar la moneda que había de entregar.

Se quedó estupefacto al ver que en el interior había un faja de billetes. ¿Qué significaba aquello? ¿Acaso que la doncella se dedicaba a hacer exploraciones en el armario de la señorita?

Fuera como fuera, el hecho de que el bolso estuviera lleno de billetes le pareció muy interesante.

Eva y su acompañante se marcharon a dar un paseo. Lo mismo propuso Irene a Bibi, pero a éste no le pareció bien la idea.

—Ven. Tengo que contarte muchas cosas.

Ella había cogido de una muñeca y, sin la menor cortesía, la arrastró hacia una mesa del cafetín con pretensiones de restaurante.

—Siéntate aquí.

—Preferiría ir con mi amiga.

—Déjala a ella, que bastante quehacer tiene con su hombre.

Y dió a Irene un ligero empujón, que fué suficiente para que ésta quedara sentada en el banco de madera que había ante la mesa.

La señora de Vernier estaba ya francamente asustada ante la brutalidad de aquel hombre que le había caído en suerte y comenzaba a arrepentirse de haberse dejado arrastrar por Eva a la peligrosa aventura.

Bibi pidió dos vasos de cerveza y cuando el camarero los sirvió, él se bebió el suyo de un trago, mientras Irene apenas rozaba el borde del vaso con los labios.

—Ahora me vas a decir cómo te llamas, chavala.

—Me llamo Lennie.

—No estás mal para una mujer de tu clase.

—¿De qué clase?

—De la buena sociedad. ¿Crees que no me he dado cuenta de que eres una gran dama?

Irene se echó a reír para disimular su turbación.

—¿Eso sí que es gracioso!

Bibi se echó a reír también.

—¿Y tan gracioso!

—¿Cómo se te ha ocurrido esa locura?

—Hay cosas que saltan a la vista. Una criada de servir no lleva el bolso tan lleno de "pastizara" como tú llevas el tuyo.

—¿Quieres decir que llevo mucho dinero?

—Ni más ni menos.

—Pues ese dinero me lo ha dado mi señora para que pague unas cuentas.

Bibi soltó otra estrepitosa carcajada.

—No creas que soy tonto. Eso sólo tiene dos soluciones. O que tú eres la señora, o que eres la criada y le has pisado el dinero a la señora.

—Lo que voy a hacer es marcharme—dijo Irene—. Van a dar las once y sólo hasta esa hora tengo permiso.

—Pero ¿qué prisa tienes? ¿No estás bien conmigo, vidita?

—Sí, pero tengo que marcharme.

—Ya te marcharás después.

—¿Cuándo?

—Cuando sulga el sol.

Y al mismo tiempo que hablaba, rodeaba con sus brazos el tallo de Irene, que, francamente aterrada, sólo buscaba ya el modo de librarse de aquel bárbaro.

III

Huyó hacia la puerta y en el umbral se dió un encontronazo con un joven que entraba.

Irene se dió cuenta en seguida de que aquel hombre era distinto a los demás que había en el baile, y suplicó:

—¡Defiéndame, caballero!

—¿De quién, señorita?

—De ese bárbaro.

Y aun no había terminado de pronunciar estas palabras, cuando llegó Bibi y cogió a Irene de una muñeca.

—¡Sálveme, sálveme!—volvió a suplicar la dama, dirigiéndose al desconocido.

Y entonces éste se encaró con Bibi:

—¡Haga el favor de respetar a esta señora!—dijo, agitando ante sus narices el índice amenazadoramente.

Bibi le miró despreciativamente y después le dió un mordisco en el dedo.

El recién llegado lanzó un ¡ay! y se llevó el dedo al sobaco.

Bibi reía ferozmente. Y tiró del brazo de Irene para llevársela.

Pero en este momento entró en el establecimiento una pareja de gendarmes y esto obligó a Bibi a soltar a Irene, la cual se apresuró a reunirse con el desconocido, a quien, a pesar de haberle defendido tan mal, dirigió una mirada de simpatía.

¡Era tan distinta la cara de aquel joven a la que había visto aquella noche en aquel cuchitril en que todavía se encontraba!

Ya habían pasado los guardias. Volvía Bibi a coger a Irene sin la menor consideración.

La señora de Vernier se consideraba perdida, pero entonces se interpuso una joven de labios muy pintados y ojos apachescos, que preguntó a Bibi:

—¿Quieres bailar conmigo?

Bibi debió de considerar que era más cómodo complacer a su adoradora que buscar la complacencia con una mujer que, como Irene, sólo deseaba librarse de él, y aceptó.

Esto devolvió a Irene la tan deseada libertad, y la aprovechó para volver al lado del desconocido, que después del mordisco en el dedo, había renunciado a abandonar su papel de espectador.

—Muchas gracias—le dijo, tendiéndole la mano.

—Siento no haber podido hacer más—repuso el joven, avergonzado.

Y cuando Irene le estrechó la mano, oprimiéndole el dedo dolorido, lanzó un grito de dolor.

—¡Oh, perdón!—exclamó Irene conmovida.

—Es usted la que me ha de perdonar el no haberla defendido como merece—repuso el joven olvidándose inmediatamente de su dolor.

Irene le dirigió una sonrisa. El joven sonrió también.

Hubo una pausa en que la señora de Vernier vió como el amable desconocido luchaba con su timidez. Por fin dijo el joven:

—¿Me permite usted que la invite?

Irene iba a rehusar, pero se acordó de que estaba representando el papel de criada de servir, y aceptó democráticamente.

—Voy a cenar. ¿Quiere usted acompañarme?—preguntó el joven.

—Con mucho gusto.

Y la señora de Vernier se cogió del brazo del galán.

Este era un joven de aspecto simpático y humilde, tímido y bondadoso. Parecía como si también él frecuentara aquel ambiente por primera vez aquella noche.

Se sentaron a cenar. Durante la cena charlaron animadamente.

—A todo esto, no me ha dicho usted cómo se llama ni quién es—dijo el joven de pronto.

—Lo mismo puedo decirle yo a usted.

—Es verdad. Voy a empezar por presentarme yo. Me llamo Marcel Touzet y soy encuadernador.

—Pues yo me llamo Leonie y sirvo en casa de unos señores que poseen fábricas importantísimas. El señor es muy conocido en el mundo industrial.

—Comprendido, uno de esos ricachones que duermen indolentemente sobre sus millones—dijo Marcel despectivamente.

—Se equivoca usted. El señor trabaja—dijo Irene, defendiendo inconscientemente a su marido.

—Conozco bien a esa clase de gente. La compadezco a usted. La señora será una mujer insupportable, autoritaria y orgullosa. Todas las grandes damas son igual. Por eso las detesto a todas igualmente.

—Si usted conociera a la señora, cambiaría de opinión.

—Gracias. No me interesa conocer a gente burguesa.

—¿Acaso el burgués para el que usted trabaja no se porta bien con usted?

—Yo no trabajo para nadie. Trabajo para mí.

—¿Entonces es usted el burgués? No comprendo cómo detesta a los propietarios.

—Mi taller de encuadernación es muy modesto.

—Pero no por eso deja de ser de su propiedad.

—En efecto.

—Y, a lo mejor, tendrá usted oficiales a los que hará trabajar de lo lindo.

—Eso sí que no.

—¿No tiene usted oficiales?

—Uno nada más, y ése es un buen hombre, muy honrado y trabajador, al que nunca hay que decirle nada.

Continuaron hablando en este tono. Parecían amigos de toda la vida. Irene no tenía ganas de separarse de Marcel, pero tuvo que dar por terminada la conversación. Era ya demasiado tarde.

—Me he de marchar.

—Lo siento, Leonie, pero comprendo que no es cosa de que nos quedemos aquí toda la noche.

Y añadió:

—¿Nos volveremos a ver?

Irene pensó que acaso no se vieran nunca más, pero repuso:

—Probablemente nos veremos.

—¿Dónde puedo ir a buscarla?

—A ninguna parte. Yo le escribiré cuando podamos volver a vernos.

Y así terminó la aventura de Irene.

¿Terminó?

Ella, por lo menos, la daba por terminada.

IV

—¿Qué tal te fué con tu Gastón anoche?

Esta fué la pregunta que Irene dirigió a Eva al día siguiente, cuando se volvieron a ver en casa de la señora de Vernier.

—Pues me fué como probablemente te fué a ti con tu amigo. Una amistad que empezó y terminó en el plazo de algunas horas.

Pero Irene lanzó un suspiro.

—Entonces no puede decirse que a las dos nos haya ido igual.

—¿Por qué?

—Porque yo a Marcel no lo olvidaré fácilmente.

—¿Serás capaz de haberte enamorado?

—No creo que sea amor, pero sí una viva simpatía. ¡Es tan bueno, tan cariñoso, tan dulce, tan distinto, en fin, a mi marido!

—Pero ¿quién es ese Marcel?

—El que vino después de marcharte tú. Es deliciosamente tímido, viste con encantadora modestia. Tiene un pequeño taller de encuadernación.

—¿Pero si eso es una novela, Irene! Una gran dama que se enamora de un modesto encuadernador.

—Una novela que se queda en el principio—replicó Irene en son de lamento.

—¿Quién sabe!

En este momento se presentó Vernier, de regreso de su "viaje".

Las dos amigas interrumpieron la conversación.

—¡Hola, querida! ¿Cómo estás?

La señora de Vernier respondió fríamente a estas palabras de su marido, el cual saludó después a Eva con toda cortesía.

—¿Qué? ¿Te divertiste mucho anoche?—preguntó a su esposa.

—¿Anoche?—repitió ella poniéndose en guardia.

—Sí. ¿No decías que íbas a la Ópera?

—¡Ah, sí! Y fulmos. Nos gustó mucho, ¿verdad, Eva?

—Verdad.

—¿Y qué obra hicieron?—preguntó Jacques.

—Pues... Martha.

—¿Martha? No la conozco.

—Es muy interesante. Una gran dama que se enamora de un modesto obrero. ¡Era todo tan humano!...

El señor Vernier no se dió cuenta del cambio que había expe-

rimentado su esposa durante su último "viaje". Estaba acostumbrado a que Irene le recibiera de mal humor después de sus continuas escapadas. Mal humor que se le pasaba pronto, cuando Vernier le hacía algún regalo o le proponía que ofreciera alguna fiesta a sus amistades.

Jacques Vernier esperaba sin duda que la fuerza de la costumbre acabara por imponer a Irene una absoluta despreocupación acerca de las frivolidades de su marido.

Pero estaba muy lejos de sospechar que su mujer no era ya la víctima resignada de otras veces.

Transcurridos algunos días, Jacques volvió a hablar de un viaje a Bruselas.

—Perdóname, querida, pero estas fábricas...

—No has de disculparte ante mí, Jacques—le interrumpió Irene con una sonrisa cuyo alcance no podía prever el egoísta esposo—. Tú sabrás lo que conviene a tus negocios.

Inmediatamente se dirigió Irene a sus habitaciones, se sentó ante un pequeño buró y trazó unas líneas con mano nerviosa.

Era una carta dirigida a Marcel, diciéndole simplemente que aquella misma noche iría a visitarle.

Una vez estuvo escrita la carta, se dio cuenta de que ni su estilo ni su ortografía correspondían a la condición social de "Leonie", y entonces rompió el papel y escribió nuevamente:

Amigo Marcel: Hesta noche hirá a berle para tener un eratto de conbernación con usté como usté me digo que deseaba. Su amiga, Leonie.

Releyó la carta, se echó a reír ante la atroz ortografía de Leonie y después la encerró en un sobre y escribió en él la dirección que conservaba de Marcel, el cual había tenido buen cuidado de dársela cuando ella le prometió avisarle en cuanto pudieran tener una entrevista.

La echó al correo, pues había tiempo para que la repartieran aquel mismo día, y por la tarde, cuando ya su marido se había marchado, comunicó la nueva a su amiga.

—¡Por Dios, Irene! Mira lo que haces.

—Te aseguro que mi propósito era no volver a acordarme del amigo de unas horas. Pero la insistencia de mi marido en humillarme me irrita.

—Esos estados de ánimo son sumamente peligrosos para una mujer que no quiera faltar a su marido.

—No quiero pensar en lo que pueda suceder. Creo que es

hombre es demasiado noble para aprovecharse de una situación ventajosa, pero he de decirte que al continuar esta novela que yo creía terminada en su primer capítulo, lo hago con plena conciencia de mi responsabilidad y dispuesta a afrontar todas las consecuencias.

Y al hablar así, los bellos ojos de Irene, siempre tan apacibles, parecían despedir llamaradas.

V

El oficial de Marcel era un viejo que llevaba varios años trabajando en su taller. Marcel le estimaba no sólo porque conocía a la perfección su trabajo, sino por su bondad y rectitud.

Como habían trabajado juntos en un gran taller de encuadernación, conocía a Marcel desde que era un niño y le tuteaba y se permitía darle consejos en tono paternal.

—¿Te divertiste mucho anoche?—le había preguntado al día siguiente del encuentro de Marcel con Irene.

—Fue algo más que diversión.

—¿Algo más que diversión? ¡Ay, ay, ay! Eso me huele muy mal.

—Usted ya no está en edad de comprender ciertas cosas—replicó Marcel entornando los ojos soñadoramente.

—Ya decía yo que me olía muy mal!—exclamó el viejo en son de lamento—. Ya se ha metido una mujer en tu vida.

—Lo malo es que no creo que esto pase del primer episodio, amigo mío. Ella no quiso decirme dónde podía encontrarla. Quedó en avisarme. Siempre que una persona queda en avisar a otra cuando esa otra le propone una entrevista, el aviso no pasa de la condición de promesa.

—Afortunadamente.

—Si usted la hubiera visto, no diría eso.

Y Marcel hizo una descripción de la que él llamaba Leonie, que dejó asombrado al oficial.

—¡Caramba, hombre! No sabía que eras poeta.

Desde entonces, todos los días hablaban un poco de la maravillosa Leonie, y Marcel echaba a volar su fantasía y su ilusión y echaba a perder algún volumen de los que estaba encuadernando.

Hasta que aquella tarde llegó la carta que llenó a Marcel de alegría.

La leyó varias veces, como si se negara a dar crédito a su contenido, y en seguida empezó a hacer los preparativos para el recibimiento.

No dijo nada al viejo oficial, pues sabía que si se enteraba le iba a amargar la noche con un largo sermón.

Una vez leída la carta, ya no volvió al taller, sino que pasó al cuarto de arco y allí estuvo por lo menos una hora.

Cuando salió estaba transformado.

Pasó en seguida a comprar las cosas necesarias para la cena, sin olvidar el champaña y las flores.

Había dado la hora de recoger y todavía estaba Marcel enfrascado en su grata tarea.

Cuando el viejo oficial pasó del taller al vestíbulo para marcharse, se encontró con Marcel, que en aquel momento preparaba los manjares, bebidas y flores en una gran bandeja.

Esto despertó sus sospechas. Había oído la voz del cartero cuando Marcel salió del taller para no regresar. Era evidente, pues, que había recibido una carta importante.

Ahora, al ver los preparativos que Marcel estaba haciendo, comprendió que la carta era de aquella Leonie de la que su joven principal hablaba con tanto entusiasmo.

—Veo que la noche se presenta alegre—dijo.

—Alegre es poco—repuso Marcel con entusiasmo—. Se prepara una noche inolvidable.

—¿Adónde vas a llevar esa bandeja?

—A la terraza.

Marcel llamaba terraza al tejado de la casa de enfrente, el cual estaba tan cerca del edificio del taller, que tendiendo una plancha entre éste y el tejado frontero, se podía pasar.

El puente ya estaba colocado y por la abierta ventana que servía de apoyo a uno de sus extremos, se veía el otro descansando en el liso tejado de enfrente, cuya cima formaba una pequeña explanada.

Ya había colocado allí Marcel una mesa y dos sillas.

—¿Crees que ella querrá pasar?—preguntó el oficial.

—¿Por qué no ha de querer?

—Porque no todas las mujeres son equilibristas.

—Si tiene miedo, la pasaré en brazos.

—¡Ay, ay, ay! ¿Qué va a pasar aquí?

—No se preocupe y váyase, que se le está haciendo tarde.

—Ya que mi compañía te es tan grata—dijo el viejo irónica-

mente—, me voy. Dios quiera que salgas con bien de este mal paso.

A poco de marcharse el oficial y cuando ya Marcel lo tenía todo preparado e iba de un lado a otro sin poder ocultar su emoción y su nerviosismo, llamaron a la puerta.

¿Ella?

Con el corazón agitado y la respiración jadeante, dirigióse Marcel a abrir.

¡Ella! ¡Sí, era ella!

Balbució unas palabras de saludo. Irene sonrió ante aquella emoción casi pueril. Pero era lo cierto que también ella estaba emocionada, profundamente emocionada.

VI

La ayudó a quitarse el sombrero y el abrigo-chaqueta, ambas cosas modestísimas, y después la invitó a ver el modesto taller.

—Es muy modesto—dijo—; pero las máquinas no paran de trabajar.

—Eso es bueno. No todos pueden decir lo mismo.

Cuando pasó al taller, se dió cuenta Irene de que las "máquinas" a que Marcel se había referido pomposamente, consistían en una guillotina de mano, una prensa y una máquina de coser.

Esto y un par de mesas constituía todo el aparato de la industria de Marcel.

—¿Le gusta?

—Mucho. ¿Dónde trabaja su oficial?

—Ni él ni yo tenemos sitio fijo.

—Me habría gustado conocerlo.

—Es mejor que no lo conozca. Es un viejo entrometido y empalagoso.

—Pues usted me habló muy bien de él la noche en que nos conocimos.

—Realmente, somos buenos amigos y nos llevamos muy bien. Pero hoy ha estado muy chinche.

De pronto, Irene exclamó:

—¿Qué libro tan precioso!

Se refería a un libro que el viejo oficial había terminado de encuadernar antes de marcharse, por orden de Marcel, y que éste

había colocado en un lugar visible antes de que llegara su adorada visitante.

El oficial había hecho una verdadera obra de arte, empleando los mejores materiales que había en el taller.

—¿Le gusta?—preguntó Marcel.

—Tanto me gusta, que le suplico me lo venda para conservarlo.

—Usted no tiene bastante dinero para pagar ese libro.

—¿Tan caro es?

—La encuadernación sólo, vale cien francos.

Irene, acostumbrada a pagar facturas de miles de francos, juzgó que era baratísimo, pero calló, pues comprendió que no encontrar para una cosa que valía cien francos, equivalía a delatarse.

—Aunque es caro—dijo—, me gusta tanto, que estoy dispuesta a comprarlo.

—Pues yo no se lo vendo.

—Entonces...

Y ya lo iba a dejar Irene sobre la mesa, cuando Marcel lo impidió.

—No se lo vendo, pero se lo regalo.

—¿De veras?—exclamó Irene, trémula de alegría.

Era el ruego de delicadeza lo que la había conmovido.

Estaba acostumbrada a recibir regalos valiosísimos, pero ninguno le produjo tanta alegría como aquél. A su marido le era fácil entregar un cheque en la joyería a cambio de una joya que le gustara. El desprenderse de unos miles de francos no representaba nada para su gran fortuna. En cambio, aquel libro en el que había puesto los mejores materiales de su taller, representaba mucho para Marcel.

—¡Oh! ¡Cuánto se lo agradezco! ¡Pero, no, no puedo aceptar un regalo tan valioso!

—Si no lo acepta, lo tomaré como un desaire, porque lo he hecho para usted.

—¿De veras?

—Sí. Es una gramática, la mejor que existe.

—¿Y por qué ha elegido usted una gramática precisamente?

Marcel vaciló. Después dijo:

—No se ofenda si le digo que ha de estudiar usted ortografía. En su carta hay más faltas que letras.

Irene tuvo que hacer un esfuerzo para contener la risa.



—Pues yo me llamo Leonie.



—¿Qué tal te fue con tu Gastón anoche?



Fue un idilio que duró toda la noche.



Voltó Marcel a pasar el improvisado puente llevando a Irene en brazos.



—¿Cuánto dinero ha confiado a Leontie?



—Queda usted despedido.



... y se encontró en el salón de baile.



—¿Te quieres casar conmigo?

—Si usted viene con frecuencia, yo seré su maestro y le tomaré la lección—dijo Marcel.

—Es usted muy amable. Va a hacer de mí una gran dama.

—Nada de eso. Ya le dije que las grandes damas no me inspiran ninguna simpatía. No hace falta ser una gran dama para escribir "hoja" con hache y "ojo" sin ella.

Estuvieron charlando hasta la hora de cenar.

Entonces Marcel invitó a Leonie a pasar a la "terrazza". Pero ella miró hacia abajo y, al ver la distancia que mediaba desde el improvisado puente al fondo de la calle, retrocedió asustada.

—Es mejor que cenemos aquí—dijo.

—Comprendo que tenga usted miedo—dijo él con suficiencia.

—Yo, en cambio, estoy acostumbrado. Si usted me lo permite, la pasaré en brazos.

—Entonces nos caeríamos los dos.

—Voy a demostrarle que no—dijo resueltamente Marcel.

Y, cogiendo a Irene en brazos, pasó lentamente sobre la plancha.

Ella, temerosa como un niño, se había cogido fuertemente al cuello del encuadernador.

Fué el primer momento delicioso de la cadena de delicias que había de representar para ambos aquella noche.

Vaciaron la botella de champán y consumieron todos los manjares. Al mismo tiempo reían y charlaban.

Lo indiscreto del lugar atraía a los vecinos, que se asomaban a las ventanas sorprendidos por la novedad de aquel idilio en los tejados.

Alguno se permitía una broma y ellos la contestaban alegremente.

Fué un idilio que duró toda la noche.

Por fin, cuando ya en oriente se anunciaban los primeros resplandores del día, decidieron separarse.

Volvió Marcel a pasar el improvisado puente llevando a Irene en brazos.

La despedida fué de una ternura exquisita y sublime.

Marcel, que en todo momento se había comportado como un caballero, incluso en los momentos en que la pasión le impulsó a tomar el beso que los labios de Irene le pedían, dejó en el corazón de la dama una impresión que había de acompañarla durante toda su vida.

- ¿Hasta mañana?—fueron las últimas palabras de Marcel.
—Hasta mañana—prometió Irene, incapaz de decir otra cosa.

VII

—¿Cómo va ese idilio novelesco?—preguntó Eva a su amiga.
—Eso no se puede explicar con palabras—contestó Irene entornando los ojos soñadoramente.

—Como me temía, estás en un grave peligro, si es que lo peor no ha sucedido ya.

—No ha sucedido nada realmente grave, querida. Ya te he dicho que Marcel es un caballero. Nuestro amor es puramente platónico.

—¿Vaya una sosería! Y ¿os veis con mucha frecuencia?

—Esta semana no ha dejado de ir a la entuadernación una sola noche.

—Pero tu marido...

—El está muy ocupado en Bruselas. Así llama él a esa desvergonzada bailarina.

—Sin embargo, podría darle el caso de que se entetara, y...

—No me amargues la existencia con esa clase de suposiciones. Yo lo que sé decirte es que hasta ahora no he sabido lo que es el calor de un amor verdadero. Es tan hermoso sentirse adorada con ese fervor que leo en los ojos de Marcel cuando me mira, con esa emoción que pone en sus palabras cuando me habla...

—¡Ay, Irene! Ahora me arrepiento de haberte propuesto aquella noche que fuéramos al baile.

—Yo, en cambio, estoy encantada de haber ido.

—¿Y no temes que él se presente algún día aquí?

—El no sabe dónde vivo ni cuál es mi verdadero nombre. Cree que me llamo Leonie.

—¿Qué crees que pasaría si se enterase?

—Pues que todo habría terminado. Detesta a las damas de ciudad y a los grandes propietarios. Además, al saber que soy casada... Pero no quiero pensar en eso. Sería horrible si sucediera. Déjame con mis sueños. Déjame gozar plenamente de esta felicidad que es nueva para mi corazón.

A la semana siguiente se celebraba una espléndida fiesta en casa de Vernier.

Jacques estaba extrañado de no ver en los salones a su esposa, cuando ya hacía un buen rato que había comenzado el baile.

—¿Ha visto usted a Irene?—le preguntó a Eva al encontrarse con ella.

—Precisamente eso iba a preguntarle yo a usted.

—Seguramente estará en sus habitaciones. Voy a buscarla.

Y Eva se fué escaleras arriba.

Antes de llegar al piso, se encontró con Irene que bajaba.

—¡Pues sí que te ha costado vestirme!—exclamó Eva—. Tu marido está muy extrañado de no verte en el salón.

—Es que he perdido mi bolso y lo estaba buscando.

—¿Por un bolso tanta preocupación?

Irene tuvo un gesto de hastío.

—Es que, además, querida, no me haces ninguna gracia la fiesta de esta noche.

—¡Siempre pensando en Marcel!

—¡Siempre!

Bajaron al salón.

Irene obtuvo un verdadero éxito. Estaba tan hermosa como elegante. Sus ojos, ahora más tristes y soñadores que de costumbre, prestaban a su semblante mayor interés.

Jacques fué a su encuentro, orgulloso de tener una mujer tan hermosa, pero ella aprovechó la primera oportunidad para apartarse de aquella atmósfera de admiración, retirándose a un saloncito inmediato a aquel donde se celebraba el baile.

¡Qué lejos estaba Irene de sospechar lo que estaba ocurriendo en el taller de encuadernación que había visitado la noche antes!

El bolso que inútilmente había buscado estaba allí, en el taller, donde lo había dejado por olvido.

Toda la mañana estuvo sobre un montón de cartones para tapas, sin que ni Marcel ni el oficial lo vieran. Pero por la tarde, y precisamente a la hora en que en casa de Irene se estaba celebrando la reunión, cayó en manos del oficial, el cual se lo entregó a Marcel.

—¿Desde cuándo usan bolso de mujer los encuadernadores?—preguntó burlonamente.

Marcel le arrebató el bolso, al mismo tiempo que exclamaba:

—¡Es de Leonie!

Pero, al abrirlo, dudó que fuera realmente de ella.

En el interior del bolso había un fajo de billetes. Los contó. Quedó asombrado.

—¡Es inexplicable!

—¿El qué?

—Que Leonie lleve cinco mil francos en el bolso.

—¿Cinco mil francos?

—Sí—contestó mostrándole los billetes.

—Acaso no sea de ella el bolso.

—Nadie más que ella, aparte nosotros, ha entrado aquí.

—Pues estoy de acuerdo contigo en que es inexplicable.

Siguió examinando el contenido del bolso y encontró una tarjeta de Irene Vernier. Esto le confundió más aún.

—Cada vez me lo explico menos—dijo mostrando la tarjeta al oficial.

—Pues ahora empiezo yo a explicármelo. Ese bolso no es de ella, sino de su señora.

—Es de ella, porque siempre lleva el mismo.

—Entonces será de ella el bolso y los billetes de la señora.

—¿Qué quiere decir? Usted no conoce a Leonie. ¡Ella es incapaz de tomar un céntimo que no sea suyo!

—¡Perdona, hombre! No he querido ofenderte.

Se pusieron los dos a trabajar. Pero Marcel no hacía nada a derecha. Su pensamiento estaba muy lejos de allí.

De pronto exclamó:

—En seguida voy a salir de dudas!

Abrió el bolso. Leyó el número del teléfono de Irene en la tarjeta y lo marcó en el aparato del taller, después de haber empuñado nerviosamente el auricular.

VIII

Una doncella se puso al aparato.

El teléfono estaba en una de las habitaciones contiguas al salón y allí había ido a refugiarse Irene, seguida de Eva, que trataba de convencerla de que volviera al salón para no despertar sospechas en su marido.

La doncella que acudió al teléfono oyó que el comunicante preguntaba:

—¿Está Leonie?

—No sé por quién pregunta—contestó.

—Pues lo he dicho bien claro, ¡Leonie! La doncella.

—Aquí no hay ninguna doncella que se llame así.

Al oír estas palabras, Irene, presa de una sospecha inquietante, se dirigió hacia Georgette, la doncella, y le arrebató el transmisor, diciéndole que se marchara.

—¿A quién busca?—preguntó.

—A Leonie, la doncella.

Se estremeció Irene al reconocer la voz de Marcel.

Cubrió el transmisor con la mano y dijo a Eva, más muerta que viva:

—¡Es él! ¡Es él!

—Yo lo arreglaré—repuso Eva resueltamente.

Se apoderó del transmisor y dijo:

—Aquí la señora de Vernier. ¿Con quién ha dicho que desee hablar?

—Con Leonie, la doncella.

—Perfectamente. No se mueva del aparato.

Y entregó el auricular a Irene, al mismo tiempo que decía en voz lo bastante alta para que Marcel la oyera:

—Por ti preguntan, Leonie.

Irene tuvo que hacer un esfuerzo para disimular el temblor de su voz.

—Habla Leonie. ¿Quién me llama?

—Soy yo, Marcel. ¡Gracias a Dios que nos hemos entendido! Todas tus compañeras de servicio están locas.

—¿Qué quieres, Marcel?

—Necesito verte en seguida.

—Me es imposible salir.

—Pues yo iré a buscarte.

—¡No, no!—exclamó Irene aterrada—. ¡Eso sería peor aún que si yo saliera sin permiso!

—Es un asunto inaplazable.

—Mañana a primera hora...

Pero Marcel la interrumpió:

—Ha de ser ahora mismo.

Irene trató de aducir nuevas razones, pero Eva le quitó el transmisor de las manos y lo colgó, cortando la comunicación.

Al mismo tiempo hizo a su amiga un guiño significativo e Irene pudo ver que su marido trasponía el umbral en aquel preciso instante.

—¿Con quién hablabas, Irene?—preguntó Jacques.

—Con una señora que se ha equivocado de número—mintió.

Y, como estaba tan turbada, Eva se la llevó cogiéndola de un brazo.

Jacques siguió con la vista a las damas. Después dirigió una mirada al teléfono. Dijérase que en su pensamiento acababa de surgir la sombra de una duda.

* * *

—¡Han cortado la comunicación! —exclamó Marcel contrariado.

—Lo mejor es que espere a que Leonie vuelva.

—¡No puedo esperar! ¡Esto ha de quedar aclarado en seguida! Se dirigió a casa de Vernier, llevando consigo el bolso.

Le costó bastante trabajo entrar en la casa, y, cuando lo hubo conseguido, nadie sabía darle razón de Leonie.

Por fin se encontró con Georgette a la puerta del comedor de la servidumbre.

—¿Por quién pregunta?

—Por Leonie.

—Entonces, ¿usted es el que ha telefonado hace unos momentos?

—Exactamente. Y he estado hablando con ella.

—¿Con Leonie?

—Sí.

Georgette comprendió en seguida, aunque de un modo impreciso, el misterio que encerraba aquel nombre.

Sólo le faltaba saber cuál de las dos damas que se habían quedado junto al teléfono—Eva y la señora de Vernier—era la que se atribuía el falso nombre de Leonie.

—¿Cómo es la joven por quien usted pregunta?

No dejó de extrañar a Marcel que a Georgette no le bastara el nombre de su compañera para saber de quién se trataba, pero hizo una exacta descripción de la señora de Vernier.

—Está bien. Entre usted aquí y espere mientras la busco. ¿Me hace el favor de su nombre?

—Marcel.

Quedóse éste en el comedor y Georgette fué en busca de su señora.

Su inseparable Eva la acompañaba.

La noticia de que Marcel estaba en la casa, cayó en el ánimo de Irene como una bomba.

IX

Puesto que Georgette se había enterado de todo, a ella recurrieron para solucionar el grave conflicto.

La doncella tuvo que prestar a la señora de Vernier uno de sus uniformes y, vestida con él, se dirigió al encuentro de Marcel, mientras Eva volvía al salón para entretener a Jacques.

—No comprendo qué demonios pasa en esta casa—fueron las primeras palabras de Marcel—. Nadie te conoce.

—¿Por qué has venido? ¿No te he dicho que no vinieras?

—Pero también he dicho yo que era un asunto inaplazable.

En este momento se abrió la puerta y entró un joven vestido de chofer.

—¡Hola!—dijo alegremente.

—¿Quién es usted?—preguntó Irene extrañada.

—El novio de Georgette, tu compañera de servicio. No comprendo por qué te extraña, si también tú recibes al tuyo.

Irene se quedó sin saber qué decir. Por fin empujó a Marcel a otra estancia, la inmediata a la cocina, al mismo tiempo que decía:

—Aquí podremos hablar mejor.

Marcel estaba cada vez más confundido.

—¡Si entiendo lo que pasa en esta casa, que me ahorquen! En el novio de tu compañera de servicio, ¿y no le conoces?

—Pero ¿qué importa eso ahora? Terminemos cuanto antes. ¿No comprendes que me estás comprometiendo?

—No comprendo nada, pero, en fin, vamos al grano. ¿Es tuyo este bolso?

Lo mostraba a Irene.

—Sí—repuso ella—. Lo andaba buscando. ¿Para eso has venido? No debieras haberte molestado. Ya lo hubiera recogido yo cuando...

—Calma, calma... ¿De dónde has sacado los cinco mil francos que llevas en el bolso?

—¿Cinco mil francos?

—Sí.

—Pues... me los dió mi señora para hacer unas compras.

—¿Qué compras?—indagó Marcel inexorablemente.

Irene se vió en un aprieto. Como no pagaba nunca al contado las cosas que compraba y no se tomaba la molestia de preguntar su precio, estaba bastante desorientada.

Marcel acabó de confundirla repitiendo en tono apremiante:

—¿Qué compras?

—Pues... unos zapatos.

—¿Unos zapatos cinco mil francos?

—¡Oh, no! Compré también otras cosas.

—¿Qué cosas?

—Pues... medias.

—Pero ¿pretendes hacerme creer que todo eso puede valer cinco mil francos?—dijo Marcel en tono acusador.

—Es que los zapatos tienen los talones llenos de rubies.

Esta razón dejó a Marcel medio convencido.

De pronto, se abrió la puerta y entró Eva.

Jacques, extrañado de la ausencia de su mujer, se proponía ir a buscarla y Eva lo había impedido, ofreciéndose hacerlo ella.

—¿Qué haces aquí, Leonie?—preguntó.

Y cuando Irene la miraba estupefacta, sin saber qué decir, el propio Marcel acudió inconscientemente en su ayuda:

—¿Es usted la señora de Vernier?—preguntó a Eva.

—Sí. ¿Y usted quién es?

—Soy Marcel Touzet, el novio de Leonie.

—Y ¿quién le ha autorizado para entrar aquí?

—Señora, se trata de un asunto tan grave, que no he podido menos de venir a resolverlo en el acto.

—¿Qué asunto es?

—Ante todo, voy a permitirle hacerle una pregunta.

—Dígame.

—¿Cuánto dinero ha confiado a Leonie?

Irene, por encima del hombro de Marcel, mostró a Eva los cinco dedos de su mano derecha. Y Eva dijo:

—Cinco.

—¿Cinco mil?

Y como Irene hacía signos afirmativos, Eva repuso:

—¡Claro que cinco mil! No iban a ser cinco a secas.

—Perfectamente. Y ¿qué había de comprar Leonie con ese dinero? Perdóname más preguntas, señora, pero ¡es tan interesante para mí esta cuestión!...

Ya le señalaba Irene las medias, de modo que le fué fácil acertar.

—Pues con ese dinero tenía que comprar medias.

—¿Y qué más?

Irene se tocó los zapatos.

—Y zapatos.

—¿Con tacones de rubíes?

Y como Irene movía afirmativamente la cabeza, Eva contestó:

—Exactamente.

Marcel respiró.

—Muchas gracias por todo, señora. He visto el dinero en el bolso de Leonie y estaba preocupado.

Y devolvió a Irene el bolso.

Entonces Eva preguntó:

—¿Y por qué tenía usted el bolso?

—Porque se lo dejé anoche en mi casa.

Eva se irguió y dirigió a Irene una mirada llameante de indignación.

—¿Anoche? ¿Eso quiere decir que anoche estuvo usted en casa de su novio? ¡Y yo que la tenía a usted por una muchacha decente!

—¡Y lo es!—exclamó Marcel.

Pero Eva, sin preocuparse lo más mínimo del gesto arrogante del encuadernador, dijo a la doncella:

—Queda usted despedida.

—¡Mejor!—replicó Marcel—. No le hace ninguna falta trabajar en su casa.

—Usted, haga el favor de salir de aquí inmediatamente.

—Eso iba a hacer, señora. Y desearé que deje marchar a Leonie cuanto antes.

—Se marchará mañana a primera hora. Por la noche no sale la servidumbre de mi casa.

—Adiós, Leonie. Hasta mañana.

Y dicho esto, Marcel salió del departamento de la servidumbre. Tan indignado y confundido estaba, que no recordaba por dónde había entrado. Comenzó a dar vueltas por la enorme casa y se encontró en el salón de baile.

Al ver su cara de asustado y su indumentaria, que contrastaba con los trajes de etiqueta de los caballeros, los invitados se echaron a reír, lo que aumentó el azoramiento de Marcel, que por fin se vió en la calle.

Y entonces respiró como el prisionero cuando recobra la libertad.

Entretanto, Irene preguntaba a Eva:

—¿Por qué me has despedido?

—Porque, creyendo que no estás aquí, no volverá.

X

Al día siguiente, Marcel fué a visitar a sus padres.

Estos eran ya bastante viejos y vivían del producto del estudio fotográfico que poseía el padre de Marcel, un estudio modestísimo, especializado en los retratos de soldados, gendarmes, cocheros y demás "personalidades" de uniforme.

Marcel les comunicó que se iba a casar y los buenos viejos se quedaron estupefactos al conocer la noticia.

—No nos habías dicho que tuvieras novia—repuso el padre.

—Ante todo—dijo la madre—, necesitamos saber quién es tu prometida.

—Es la muchacha más adorable del mundo. Y como mi descripción resultaría pálida al lado de la realidad, lo mejor es que os la traiga mañana.

—Traerla aquí—dijo la madre—, no me parece prudente por ahora.

—Me parece que no me has comprendido, mamá. La traeré sin decirte que sois mis padres. Vendremos aquí a que se haga un retrato, como podríamos ir a casa de otro fotógrafo cualquiera. Así, vosotros la podéis ver de cerca y ya me diréis qué os parece.

La idea pareció magnífica a la madre de Marcel.

—Y, si os parece bien—siguió explicando el joven—, yo le propondré en seguida que se case conmigo.

—Pero ¿cómo podremos decirte—inquirió el fotógrafo—si nos parece bien o mal si está ella delante?

Marcel comprendió que su padre tenía razón y quedó pensativo. Por fin discurrió una estratagema. Colocó sobre un pedestal que estaba vacío un gran frasco del laboratorio de su padre, y dijo:

—Si os parece bien Leonie, dejáis caer discretamente ese frasco.

Así quedó convenido.

Al día siguiente, Leonie y Marcel se presentaron en casa del fotógrafo.

El efecto que Leonie, con sólo su presencia, produjo a los padres de Marcel fué excelente.

Después les pareció que tenía una conversación encantadora y que sus modales no tenían nada que envidiar a los de una dama del gran mundo.

Como Leonie manifestara deseos de arreglarse un poco el cabello antes de posar ante el objetivo, la madre de Marcel la condujo al tocador y la dejó allí para volver al lado de su hijo.

El padre estaba entusiasmado.

—¡Estupendo, hijo mío! Es una mujer digna de ti.

Pero la madre no era amiga de apresuramientos.

—Un poco de calma—dijo—. Antes de emitir opinión, quiero penetrar un poco en su alma.

Y cuando reapareció Leonie y, con pretexto de que no se aburriera mientras el fotógrafo preparaba la máquina, la madre de Marcel comenzó a hacer preguntas a Leonie que dieron el siguiente resultado. Primero, que conocía a la perfección todos los trabajos de la casa; segundo, que de ninguna casa donde estuvo hubo de salir porque sus dueños estuvieran descontentos de su trabajo, y tercero, que era ahorrativa y tenía algún dinero guardado.

A cada respuesta de Leonie, el semblante de la madre de Marcel iba demostrando una mayor alegría y un más vivo afecto hacia Leonie.

De pronto, el padre, sin poder contenerse, arrojó el frasco al suelo y exclamó:

—¡Basta de farsas!

Leonie se quedó estupefacta. El fotógrafo y su mujer la miraban con una sonrisa de ternura. En el suelo estaba el frasco hecho añicos. También Marcel la miraba de un modo extraño.

Se acercó éste a ella y se la explicó todo. Después le preguntó:

—¿Te quieres casar conmigo?

El tremendo problema se había plantado de súbito en el alma de Irene. No se le había ocurrido pensar que aquel momento había de llegar irremisiblemente.

No sabía qué actitud adoptar ni qué decir. Se había puesto pálida y fijaba en Marcel una mirada que dijérase de horror.

Tanto el joven como sus padres se sorprendieron a su vez de la actitud de Leonie.

—¿Es que no le parece bien la proposición de mi hijo? —inquirió el padre.

—¡Cualquier muchacha se sentiría orgullosa de poder casarse con él! —exclamó la madre.

—¿Qué te pasa, Leonie? —preguntó Marcel.

—Es la sorpresa —balbuceó ella—. ¡Te quiero tanto! La proposición me ha cogido tan de improviso. Dame siquiera unos días para que lo piense.

Estas palabras produjeron pésimo efecto en quienes las escucharon.

Pero Marcel no dudó del cariño de Leonie. ¡Acababa de decirle con tanta emoción, de un modo tan sincero y conmovedor, que lo amaba!...

XI

Al día siguiente, cuando ya había terminado el trabajo en el taller del encuadernador, se presentó Irene elegantemente vestida.

Ella decidida a dar al problema la única solución posible.

—¡Qué perlas tan bien imitadas! —exclamó Marcel señalando su collar.

Y ella contestó:

—Las perlas son auténticas, lo mismo que las pieles.

La respuesta dejó boquiabierto a Marcel.

Y entonces ella le contó toda la verdad, absolutamente toda.

—Pero la verdad es que te amo como no he amado a nadie en el mundo —fueron sus últimas palabras.

Marcel creía haberse vuelto loco. Era tan enorme lo que Irene acababa de comunicarle que no podía dar crédito a sus palabras a pesar de que estaba seguro de que la señora de Vernier le estaba diciendo toda la verdad.

Y lo más doloroso era que la seguía amando y que se sentía amado por ella como siempre, acaso más.

—¡Esto es horrible! —exclamó Marcel.

—¡Pero nosotros tenemos derecho a ser felices!

—¿Qué quieres decir?

—Que por nada del mundo consentiré que nos separemos.

—¿Crees que yo te puedo aceptar sabiendo que eres infiel a tu marido?

—El no me ama. A su lado sólo encuentro la humillación y el desprecio. En cambio, tú me amas y yo te amo a ti.

Al mismo tiempo le había rodeado el cuello con sus amantes brazos.

El se sentía desfallecer.

—¡No puede ser! — exclamó desgarradamente—. Te amo con locura, pero no puede ser. No puedo ser cómplice de una traición tan cruel.

Sonó el timbre del teléfono y Marcel fué a atender la llamada.

Entretanto, Irene pasó al pequeño despacho y escribió dos letras a su marido diciéndole escuetamente que no quería vivir un día más a su lado porque había encontrado a un hombre que la amaba de verdad y a quien ella correspondía con toda la fuerza de su corazón.

Cuando Marcel terminó de telefonar, se dió cuenta de que Irene se había marchado.

Con el dolor y el espanto de creerla perdida para siempre, salió a la calle y la sorprendió en el momento de echar la carta en un buzón cercano.

Corrió hacia ella.

—¿A quién has escrito, Irene?

—A mi marido—contestó ella con franqueza.

—¿A tu marido?

—Sí. Diciéndole que no quiero volver a su lado. Me divorciaré. Seré libre, seré sólo para ti.

Pero Marcel no recibió estas declaraciones con alegría, sino con estupor.

Se daba cuenta de que siendo Irene una gran dama no podía ser feliz al lado de un hombre pobre como él. Comprendía que por muy grande que fuera su amor hacia él, pronto lo arrastraría todo el recuerdo de su espléndido pasado. Transcurridos los primeros meses de adoración mutua, vendría la realidad de la vida y esa realidad habría de ser cruel e insuportable para la mujer que siempre había vivido en un palacio.

Por eso Marcel tomó una heroica decisión. Dejó a Irene en su casa y corrió a la de Vernier.

Estaba éste en el despacho cuando un criado le anunció a Marcel Touzet.

—Que pase—dijo Vernier después de confesar que no conocía tal nombre.

Y se quedó un tanto extrañado al ver el rostro demudado del visitante.

—¿Qué se le ofrece?

—¿Ha recibido usted una carta?

—No he recibido nada, pero ¿quiere explicarme a qué viene esa pregunta?

En aquel preciso momento un criado entregó a Vernier la carta de Irene.

—¡Esa carta es!—exclamó Marcel—. ¡No la lea!

Vernier cogió rápidamente la carta y al reconocer la letra de Irene comprendió que su felicidad conyugal estaba en peligro.

—¿Dónde está mi mujer?—preguntó con súbita inquietud—. ¿Qué ha hecho usted de ella? ¿Cómo sabía usted que había de recibir yo esta carta? ¿Cómo conoce usted su contenido? Contesté: ¿dónde está mi mujer?

—Se lo diré si rompe usted esa carta.

Quedó Vernier pensativo. Se daba cuenta de que aquella carta encerraba algo grave e irremediable para él. Irene pensaba abandonarle. Y tenía razón sobrada para ella. El no había sabido darle el calor del cariño que todo corazón de mujer necesita para ser feliz. El no había sido un buen esposo. ¿Tenía tiempo de rectificar, de llamarla a su lado? Sí. ¿Cómo? No leyendo aquella carta. Entonces Touzet le diría dónde estaba Irene y él podría ir en su busca.

Y dijo:

—Voy a quemar la carta sin leerla. ¿Me promete usted decirme dónde está Irene?

—Sí.

Vernier quemó la carta. Entonces Marcel telefoneó a su taller. Irene se puso al aparato y él entregó a Jacques el transmisor.

—Soy yo, Irene—dijo el esposo con voz trémula de emoción.

Y escuchó, por toda respuesta, un "¡oh!" ahogado que probaba el estupor experimentado por Irene al reconocer la voz de su marido.

—¿Te extraña que haya sabido dónde estabas, verdad?—continuó Vernier—. Me lo ha dicho el señor Touzet, Marcel Touzet, que en este momento está conmigo... Ven, Irene. Te estoy esperando para que nos vayamos a la ópera. ¿No te gustaría ir?

Irene tardó algún tiempo en responder. Era que trataba de explicarle lo que había ocurrido. Y por fin lo comprendió. Marcel quería que volviera al lado de su marido. Marcel no creía que pudiera hacerla feliz y se sacrificaba entregándola a su esposo.

"Acaso tenga razón Marcel", pensó.

Y contestó en voz alta:

—Voy en seguida, Jacques.

Cuando llegó al lado de su marido, ya se haba marchado Marcel.

Vernier la abrazó con emoción y ternura y le dijo:

—Te prometo que desde hoy todo cambiará. No volveré a marcharme a Bruselas.

* * *

Al día siguiente, el viejo oficial se acercó a Marcel con un libro en la mano. Marcel estaba sumido en una tristeza profunda.

—Ambo de leer esta novela—dijo el oficial—. Como todas, acaba con el triunfo del amor y los que se amaban se unen para toda la vida. Así ocurre siempre en las novelas. Sin embargo, en la vida no ocurre lo mismo. Las aventuras de amor suelen terminar con la separación forzosa y definitiva de los enamorados. La vida es casi siempre cruel. Pero al que ha vivido una aventura de amor le queda siempre un consuelo. El de recordarla siempre como lo mejor de su vida, como algo que, por no haber llegado a la completa realización, no pudo hastiarle, como un perfume de ensueño nunca desvanecido.

Marcel sonrió y, confortado por estas palabras de su viejo amigo, siguió trabajando.

F I N

RECUERDE LAS SIGUIENTES PUBLICACIONES:

Ediciones Especiales	1 ^a — pta.
La Novela Cinematográfica del Hogar.	0'30 »
Éxitos Cinematográficos	0'50 »
Los Mejores Films.	0'50 »
Aventuras Film.	0'15 »

Ediciones BISTAGNE- GARANTIA DE ÉXITO

Números publicados:

C H A N D Ú

por Edmund Lowe, Irene Ware, etc.

EL DINERO TIENE ALAS

por Will Rogers, Dorothy Jordan, etc.

La magnífica opereta

NO QUIERO SABER QUIEN ERES

por Gustav Froehlich y Liane Haid

LA MUJER PINTADA

por Peggy Shannon y Spencer Tracy

¡ALÓ, PARÍS!

Joette Day, Germaine Aussey, Wolfgang Klein, etc.

PÁJAROS DE NOCHE

Anny Ondra, Ivan Petrovich, etc.

LA BAILARINA SANS-SOUCI

por Lil Dagover, Otto Gebühr, etc.

Acaban de aparecer en las selectas Ediciones Especiales de La Novela Semanal Cinematográfica

LA PELÍCULA DE LAS ESTRELLAS

Greta Garbo, Joan Crawford, John Barrymore, Lionel Barrymore, Wallace Beery, Lewis Stone y Jean Hersholt, en
GRAND HOTEL

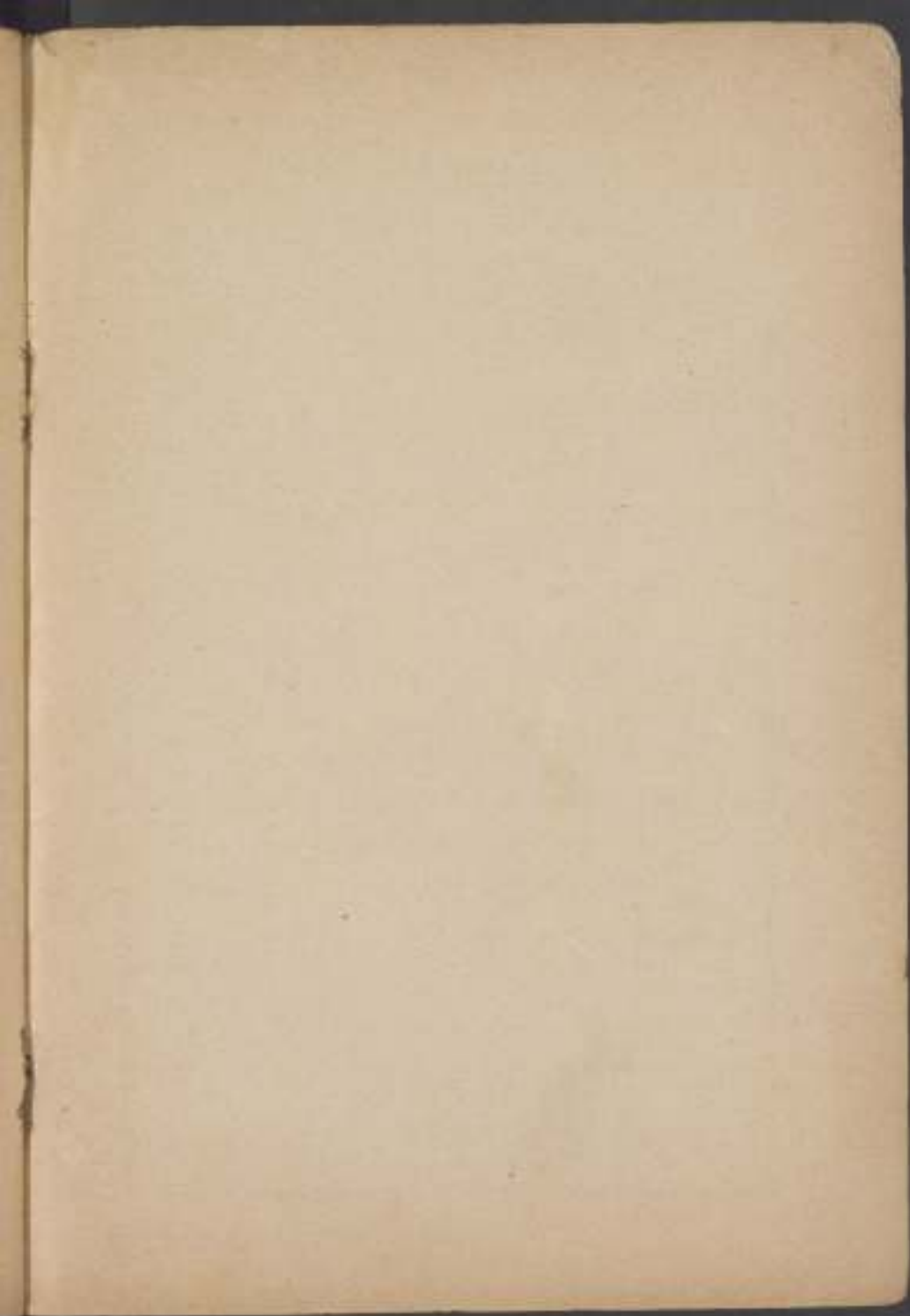
HOLLYWOOD AL DESNUDO

por Constance Bennett, Neil Hamilton, Lowell Sherman,
Gregory Ratoff, etc.

— y —

SANGRE ROJA

por Clara Bow



E. B.